



Revista Científica General José María Córdova

ISSN 1900-6586 (impreso), 2500-7645 (en línea)

Volumen 16, Número 23, julio-septiembre 2018, pp. 23-42

<http://dx.doi.org/10.21830/19006586.305>

Citación: Serrano, J. (2018, julio-septiembre). El paradigma de la guerra en el siglo XX: ¿instrumento de cambio? *Rev. Cient. Gen. José María Córdova*, 16 (23), 23-42. DOI: <http://dx.doi.org/10.21830/19006586.305>

El paradigma de la guerra en el siglo XX: ¿instrumento de cambio?

Sección: ESTUDIOS MILITARES

Artículo de investigación científica y tecnológica

José Manuel Serrano Álvarez*
Universidad de Antioquia

The paradigm of war in the 20th century:
an instrument of change?

O paradigma da guerra no século XX:
um instrumento de mudança?

Le paradigme de la guerre au XXe siècle :
un instrument de changement?

Recibido: 1 de febrero de 2018 • Aceptado: 14 de junio de 2018

* <https://orcid.org/0000-0002-1935-9561> - Contacto: jmanuel.serrano@udea.edu.co

Resumen. Este artículo analiza la evolución del concepto de guerra en el siglo XX desde diversas posiciones. El análisis trata de averiguar los aspectos que han caracterizado la guerra y las diferentes percepciones que se han tenido de esta en el siglo pasado, ya que los cambios en tales percepciones han generado a su vez una modificación en el uso instrumental del conflicto bélico. En última instancia, el estudio busca analizar hasta qué punto la guerra es un instrumento de cambio en las sociedades hasta principios del siglo XXI, especialmente, en los ámbitos de la percepción psicológica, las formas de Estado, la estructura de las sociedades y las relaciones internacionales.

Palabras clave: Estado; guerra; política; siglo XX; sociedad.

Abstract. This article analyzes the evolution of the concept of war in the 20th century from different views. The analysis explores the aspects that have characterized war and the different perceptions it has aroused in the last century, as the changes in these perceptions have, in turn, generated an alteration in the instrumental use of the war conflict. Ultimately, the study seeks to analyze the extent to which war is an instrument of change in societies to the beginning of the 21st century, especially in the fields of psychological perception, state forms, the structure of societies, and international relationships.

Keywords: politics; society; State; twentieth century; war.

Resumo. Este artigo analisa a evolução do conceito de guerra no século XX a partir de diferentes posições. A análise tenta descobrir os aspectos que caracterizaram a guerra e as diferentes percepções que se tiveram disso no século passado, já que as mudanças em tais percepções geraram, por sua vez, uma modificação no uso instrumental do conflito bélico. Em última instância, o estudo procura analisar em que medida a guerra é um instrumento de mudança nas sociedades até o início do século XXI, especialmente nos campos da percepção psicológica, das formas estatais, da estrutura das sociedades e as relações internacionais.

Palavras-chave: Estado; guerra; política; século XX; sociedade.

Résumé. Cet article analyse l'évolution du concept de la guerre au XXe siècle à partir de différentes positions. L'analyse tente de découvrir les aspects qui ont caractérisé la guerre et les différentes perceptions qui ont été perçues au cours du siècle dernier, car les changements dans ces perceptions ont entraîné à leur tour une modification de l'utilisation instrumentale du conflit guerrier. En fin de compte, l'étude cherche à analyser dans quelle mesure la guerre est un instrument de changement dans les sociétés jusqu'au début du XXIe siècle, en particulier dans les domaines de la perception psychologique, des formes d'état, de la structure des sociétés et des relations international

Mots-clés : Etat ; la guerre ; la politique ; la société ; 20ème siècle.

Introducción

La permanencia de la guerra en la conformación de las sociedades y su persistencia a lo largo de los siglos es un hecho que admite poca discusión. Sus causas, magistralmente descritas por el polemólogo británico Michael Howard (1983), son tan múltiples que tratar de desentrañarlas sería conectarlas directamente con la propia naturaleza del hombre. Su número es prácticamente incontable. Sin embargo, estudios recientes indican que, desde el cuarto milenio a. C. hasta nuestros días, se han desarrollado unas 14.500 guerras importantes en las que habrían muerto alrededor de 4.000.000.000 de personas (Statistics on violent conflict, 2012). En este sentido, el número y la frecuencia de las guerras no solo es altamente significativo por sí mismo, sino que además estas se han desarrollado en prácticamente todas las regiones del planeta y han afectado a todas las civilizaciones por igual (Cotta, 1987, pp. 11-37).

La conclusión lógica e inmediata de este hecho es que el fenómeno de la guerra no está vinculado, en esencia, a ningún pensamiento político, nivel de desarrollo, tipo de estructura estatal o condicionamiento geográfico, sino que es más bien una actividad propia y singular del hombre en sociedad. Parece, por tanto, que la guerra ha jugado y juega un profundo rol de “destrucción creadora” (Franco, 2000, pp. 60-63) más allá de sus posibles causas. En un pequeño pero influyente estudio, el historiador Arnold Toynbee ya indicó que la guerra está íntimamente ligada a la visión positiva que desde antiguo tuvieron las llamadas “virtudes militares del guerrero”; virtudes éstas asociadas a su vez al honor, el heroísmo y el sacrificio personal (Toynbee, 1976, pp. 22-33)¹. La antigua tesis de la relación entre capitalismo y guerra (Sombart, 1943) parece que también ha sido superada, porque, aunque el dinero es indispensable para el ejercicio de la guerra (*pecunia nervus belli*²), no parece que sea su causa primera y, menos aún, única, sino un instrumento más del juego de la violencia instrumental.

Si partimos de la base de que las sociedades humanas están abocadas a la guerra como un instrumento habitual de resolución de conflictos (en este ensayo no abordaremos las causas de las guerras de manera sistemática), un primer análisis nos detendría en la pregunta sobre si el progreso humano tiene alguna relación con la frecuencia de las guerras y sobre si estas tienen alguna relación con el progreso técnico-ideológico.

Estas cuestiones son reveladoras, puesto que nos ayudan a dar un salto cualitativo respecto de la interpretación del fenómeno de la guerra, en especial, desde las ciencias sociales. Igualmente posibilitan acercarnos a la función social como motor de cambio, además de que permiten comprender por qué no es nada nuevo que la visión positiva de la guerra a lo largo de la historia ha sido entendida como regeneradora e incluso con un claro matiz de progreso (Aznar, 2014, p. 3). Al mismo tiempo, tales perspectivas incluyen

1 Edición en inglés: Toynbee, Arnold. 1952. *War and Civilization*. London: Oxford University Press.

2 ‘El dinero es el nervio de la guerra’.

en la perspectiva de análisis parámetros como la ética, los valores o los comportamientos mentales grupales.

Desde este punto de vista, los estudios sobre la guerra están girando dramáticamente hacia interpretaciones de fondo, ya que la cuantificación del número de guerras o de los muertos causados por estas solo nos hablan de frecuencias reiterativas y nos permiten afirmar algo que ya sabemos o intuimos: el hombre tiene una tendencia aparentemente natural hacia el conflicto. Sin embargo, basculando el análisis interpretativo hacia aspectos menos tangibles, podemos establecer modelos de comprensión de la guerra conectados con una perspectiva social e incluso filosófica.

Estos modelos se han basado, hasta hace poco, en la famosa *trinidad* de Clausewitz, para quien la naturaleza de la guerra (y por ende cualquier explicación de esta) se centraba en la hostilidad inmanente existente en un pueblo, el uso de la violencia como un instrumento militar en el que predomina el azar y el objetivo político del gobierno (Fojón 2006, 3). De estos tres elementos, el primero nos acerca hacia una percepción hobbesiana de la guerra y, por tanto, transfiere el mecanismo del conflicto hacia la base que lo sustenta: la sociedad. El segundo se refiere al conocido concepto de lo imprevisible del desarrollo de la guerra, puesto que ni siquiera los militares son capaces de establecer reglas *científicas* que determinen el resultado militar del conflicto, a pesar de los denodados esfuerzos realizados (Dupuy, 1990). El último aspecto incide en la toma de decisión trascendental de llevar a la sociedad y a los militares a la guerra, es decir, en la *conciencia política* de que el conflicto, o bien es inevitable o bien obedece a una necesidad política del Estado.

Guerra y política

Desde un punto de vista de la ciencia política, las guerras han estado fundamentalmente vinculadas a decisiones políticas —fuesen estas pragmáticas o no— y, en este sentido, cabría relacionarlas con teorías de las relaciones internacionales, en especial, el realismo político (Barbe, 1987, pp. 152-154). A lo largo del siglo XX, se observa un salto cualitativo, desde la noción clásica del conflicto —como un choque de intereses más o menos instrumentales de los miembros de una sociedad que tienden a imponer su voluntad mediante la guerra (Clausewitz, 1831, p. 29)— hasta la noción de que el interés nacional, en términos de poder, representa una categoría objetiva de las relaciones internacionales, que arrastra a los Estados al conflicto de manera inevitable (Morgenthau, 1990, 45-51).

La idea de que lo político está detrás como fuerza preeminente —y, por tanto, es el camino que lleva al conflicto inevitable— ha gozado de muy buena salud académica en el siglo XX. En este sentido, se ha defendido que los Estados son los actores decisivos en la esfera de las relaciones internacionales y que son ellos quienes enfocan los intereses políticos hacia la guerra (Walt, 1998, pp. 29-33). En una reacción natural a este realismo político, Doyle sugirió que los Estados democráticos disminuyen ostensiblemente la fricción militar, porque en su naturaleza intrínseca está la búsqueda del consenso, el diálogo

y los intereses comunes (Doyle, 1997). Surge así la clásica disputa entre la escuela liberal y realista respecto del papel de lo político en la guerra, sus causas y sus objetivos. A medio camino entre ambos, la famosa obra de Fukuyama defendía que el fin de los conflictos, así como el *fin de la historia*, estaba íntimamente conectado con el innegable éxito del pensamiento liberal tanto político como económico, derivado, a su vez, de la aparente derrota de sus dos grandes rivales políticos: las dictaduras y autoritarismos (fascismo, nazismo y sus derivados), y el totalitarismo soviético (Fukuyama, 1992).

Aunque el debate sigue abierto, parece ser que la evolución del fenómeno de la guerra en el siglo XX ha seguido una ruta política en la que, pese a la existencia de otros complejos motivos, la guerra se antepone finalmente al cálculo político y, por tanto, a la decisión concreta basada en un estudio sobre el balance de fuerzas (Howard, 1984, pp. 22-23). Por consiguiente, las teorías sobre el fenómeno de la guerra, aunque divergen en ciertos aspectos (especialmente los relacionados con factores endógenos y psicológicos), cada vez se posicionan más sobre la base de que toda guerra sucede tras un calculado juego de intereses nacionales, la personalidad de sus líderes, la percepción del conflicto, la empatía con el potencial enemigo o las habilidades para sostener el esfuerzo de guerra, entre otros aspectos (Blainey, 1988, p. 123).

Las dos principales posiciones respecto a una explicación ontológica del fenómeno de la guerra (realismo y liberalismo) descansan —a mi entender— en enfoques diferentes sobre un único aspecto: el carácter político del enfrentamiento y la búsqueda de resultados tangibles. Porque si bien la versión avanzada del realismo político (neorrealismo) ignora la naturaleza humana de la violencia (Waltz, 1959) y se enfoca en los efectos del sistema de relaciones internacionales (grandes poderes que buscan sobrevivir en medio de un caos por la inexistencia de entidades reguladoras), es imposible darle una explicación de calado sin tener en cuenta que, en el siglo XX, la guerra (que es ya una guerra industrial) descansa en el apoyo directo o indirecto de la sociedad, que indudablemente refleja las decisiones políticas de sus líderes. Y aunque el liberalismo se empeña en relacionar el fenómeno del conflicto con los “otros actores de la política” —como el sistema monetario internacional, la ecología, el sistema energético y las posibilidades emergentes de colaboración entre estados liberales (democráticos) y el tipo de gobierno (Carr, 1942)—, no se debe perder el enfoque de que esos sistemas o posibilidades están caracterizados por decisiones políticas muy perceptibles en el siglo XX. De hecho, los Estados democráticos canalizan sus visiones de la política exterior y las posibilidades de entrar o no en conflicto en un cuidadoso balance político de costo-beneficio de sus acciones, con independencia de que el gobierno o su sistema económico fuese más o menos penoso al diálogo.

Relacionado con esto, a nadie se le escapa que, después de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos y sus aliados occidentales no han dudado en abanderar acciones militares para defender posiciones liberales, mientras acuden al recurso de que el modelo democrático y liberal *debe* ser la forma predominante de acción política a escala planetaria, con lo cual criminalizan cualquier otra forma de gobierno. El combate por la libertad ha

sido, en este sentido, un recurso político, simbólico y discursivo para hacer *avanzar* (progresar) la civilización liderada por occidente según la visión positiva del modelo político que, pese a su aparente tendencia a la inclusión y el diálogo, no ha dudado en emprender guerras de *liberación*. En efecto, esta argumentación ha sido calificada, bastante acertadamente, como una visión conservadora de la libertad y su significado (Foner, 2010, pp. 482-490).

Las relaciones entre lo público, lo político y la guerra, desde luego, no son exclusivas del siglo XX. El desmoronamiento del concepto de legitimidad del uso privado de la violencia, que se va produciendo lentamente desde el siglo XVI (el nacimiento de eso que denominamos el *Estado moderno*), está relacionado con el paso del concepto de poder y dominio del ámbito de lo privado (poderes intermedios: nobleza y aristocracia) al ámbito de lo estatal. Noción que ha evolucionado hasta el siglo XIX con el predominio de las ideas de libertad y racionalismo (Habermas, 1981, pp. 104-117). Pero ambos conceptos chocaron en un mundo cambiante, porque el siglo XIX vio un resurgir de la violencia revolucionaria que, por definición, es antisistémica, antiestatal. Una violencia que choca frontalmente con lo político y las estructuras de una sociedad cambiante debido al progreso, y que tiene su albur en la lucha grupal por el poder (nuevamente político) de aquellos que se resisten a aceptar la juridicidad del periodo.

Las nuevas ideologías de entonces (anarquismo, socialismo) se postularon alegóricamente como alternativas de poder frente a sociedades que necesitaban estabilidad (reflujo de la violencia estatal) para desarrollar ampliamente su programa de progreso económico (segunda Revolución industrial). No obstante, paradójicamente, al tiempo que la ilusión de un poder social nuevo hizo tambalear los cimientos de las élites burguesas de las sociedades avanzadas occidentales, el siglo XIX vio allanar el camino para un rebrote racional de la guerra sobre, ahora sí, bases “objetivas” ligadas a los intereses políticos.

El imperio de la ley y del derecho hacen del siglo XIX el cimiento de una nueva era, en la cual las relaciones cívico-militares acaban por amalgamarse sobre las vanguardias de la nueva ciencia. Es ahora cuando la medida del tiempo cambia, así como la percepción de la realidad. La química inicia sus pasos definitivos, las leyes de la herencia nacen del laboratorio de Medel, Darwin instaura los principios evolutivos de la humanidad, la física mira a la tierra y el espacio gracias a Mendeléyev, Malthus establece los principios del desarrollo demográfico, Comte transforma nuestra visión del mundo circundante con el nacimiento de la sociología (la “física social”), mientras que Lombroso conjetura leyes que determinan el grado de maldad y criminalidad del hombre común con simples rasgos fisonómicos. Es el triunfo del progreso. Pero pronto surgirá un contrapunto, un rechazo a la “objetividad” de un siglo pacífico como el decimonónico.

Georg Simmel, fundador de la sociología del conflicto, basculando entre el siglo XIX y el XX, interpreta la guerra a partir de una teoría revitalizadora de la cultura que contrapone la creación y la interpretación de esta, y que empuja al joven al extremo de la pasión y el absoluto (Simmel, 1955, p. 322). Es una nueva Filosofía de la Vida. Se rechaza

la máquina, la razón objetiva, la ley y también su inserción en la maquinaria estatal: es la creencia en la acción frente al calculador desarrollo de lo necesario (Joas, 2005, pp. 96-97). Pero Simmel (lo mismo que Weber, aunque desde una perspectiva más política) inserta esa visión en el Estado, en la política (Vernik, 2011, pp. 3-7).

Ahora bien, aunque los cálculos políticos están detrás de la evolución de la guerra, en especial durante el siglo XX, el factor político empieza a estar determinado por otras constantes, posiblemente no menos importantes. Existen elementos culturales, antropológicos e ideológicos que influyen decisivamente en el comportamiento de los Estados (gobiernos) a la hora de inclinarse por una solución violenta. En este sentido, la antropología ha evidenciado que la actitud agresiva es tan social como individual, pero tiende a incrementarse en función del grado de homogeneidad social y cultural. Desde la unidad básica social (la familia) es posible hacer un seguimiento ascendente de la pugnacidad de las soluciones en un marco cultural superior, puesto que el grado de homogeneidad de un entorno social viene acentuado por la variable de comprensión mental de una respuesta global frente a una fricción.

Las familias —y en grado ascendente los municipios, las ciudades y las regiones— tienen una tendencia natural a adquirir valores unitarios comúnmente aceptados e interpretados al unísono, básicamente por el grado de convivencia. El incremento acelerado de la homogeneidad social y cultural desde el siglo XIX llevó a sus más altas cotas la interpretación unitaria los valores comunes. De esta forma, y ya durante el siglo XX, la propaganda, el adoctrinamiento cultural desde el Estado, la extensión de cantos e himnos nacionales y la conciencia de un pasado común comprensible llevaron a las sociedades a aceptar un mayor grado de pugnacidad (Malinowski & Ritzer, 1941, p. 132). Estos elementos hay que tenerlos presentes, porque, como veremos seguidamente, parece que el incremento de la violencia instrumental en el siglo XX vino sustentado por componentes no políticos (percepciones sociales, culturales e ideológicas) que influyeron en la toma de decisiones políticas.

Si aceptamos como postulados inherentes al conflicto bélico las premisas de que se trata de una característica social y al mismo tiempo determinada por objetivos y decisiones políticas, inmediatamente deberíamos preguntarnos por la *frecuencia* de los conflictos, es decir, el grado de distribución de la guerra en la historia. La cuestión sobre la frecuencia es decisiva, porque sabemos que ambos elementos (sociabilidad del entorno y función política de la guerra) han estado presentes siempre en las sociedades europeas occidentales, al menos desde la Revolución militar, desplegada ya plenamente desde el siglo XVI (Parker, 1990).

Al margen del grado de percepción psicológica que estas sociedades tuviesen de la guerra, parece que, desde los comienzos de la Edad Moderna, la Revolución Militar combinó un permanente y profundo cambio que desde lo militar afectó los niveles tecnológico, organizativo, económico y social (Toffler, 1993, p. 32). Esta transformación difuminó las diferencias existentes entre lo civil y lo militar de la época anterior (Moskos, Williams

y Segal, 2000, p. 11), trasladando los intereses militares a esferas de mayor comprensión para la sociedad y haciendo compatibles los objetivos y deseos políticos con la propia evolución de esta. Tales elementos podrían explicar el alto grado de frecuencia bélica desde el siglo XVI hasta comienzos del XIX, pero sabemos que, entre el Congreso de Viena de 1815 (que puso fin al ciclo de guerras napoleónicas) y la Primera Guerra Mundial (que a partir de 1914 dio inicio al ciclo de guerras posmodernas), la esfera geopolítica occidental no vivió grandes conflictos bélicos ni se produjeron enfrentamientos entre alianzas de poder político que englobasen las grandes potencias del hemisferio occidental. Por consiguiente, si aceptamos que el grado de avance sociopolítico fue más o menos homogéneo en el mencionado cambio de siglo, y que los componentes básicos y elementales que sustentan en gran medida las causas de la guerra permanecen imbricados en la sociedad, rápidamente nos asalta la cuestión de por qué el siglo XX vio un repunte espectacular cuantitativo y cualitativo de la guerra (figura 1).

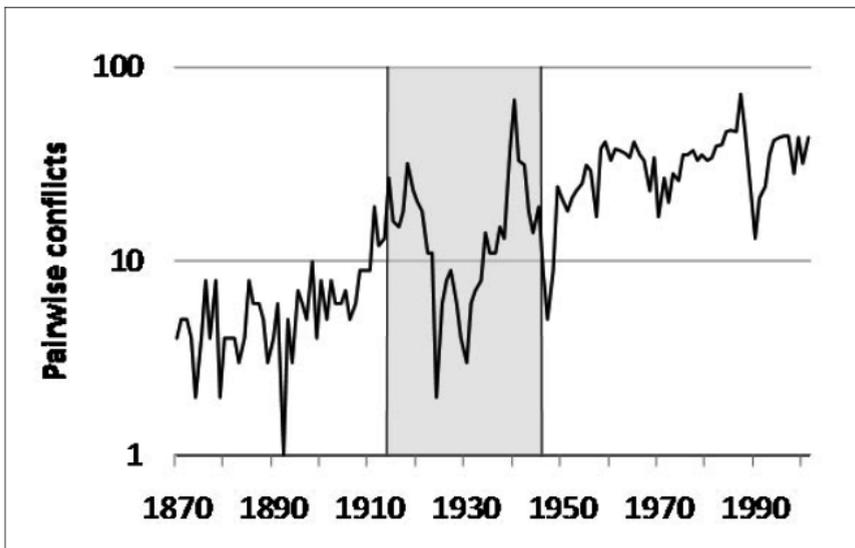


Figura 1. Incremento de los conflictos bélicos tras el cambio de siglo.
Fuente: Martin, Mayer y Thoenig (2008) citados en Harrison (2009, p. 2).

La figura 1 prueba que el siglo XX trajo consigo un incremento espectacular en el número de guerras y, en especial, de su impacto en términos de vidas humanas y consecuencias sociales y políticas. Paradójicamente, el crecimiento económico y la proliferación de fronteras fueron factores decisivos para este nuevo ciclo bélico. Durante este periodo, se han contabilizado más de 200 conflictos bélicos que han arrojado la cifra de aproximadamente 231 millones de muertos (Leitenberg, 2006, p. 1). Estos conflictos se han caracterizado por una orgía de muertes nunca antes vista en la historia de la humanidad; muertes

que han sido el resultado de un mundo cambiante en términos del uso de la tecnología militar y los objetivos específicos de los conflictos.

La Primera Guerra Mundial fue la última gran guerra en la que los objetivos generales de las campañas vinieron marcados por intereses meramente militares: no menos de 9.450.000 soldados murieron en la guerra (Stevenson, 2013, p. 700). A este dato se suman en el horizonte los daños causados sobre la población civil que, aunque no era objetivo directo de las operaciones militares, sufrió los efectos de las invasiones, el bombardeo indiscriminado, la hambruna y las enfermedades. Los cálculos, siempre difíciles, nos hablan de no menos de 6,5 millones de civiles muertos entre 1914 y 1918 (Clodfelter, 2002, p. 479).

Las nuevas guerras del siglo XX

¿Por qué ocurrió esto? Al comenzar el siglo XX, el mundo estaba cerrando el mayor ciclo histórico sin guerras importantes de su historia. La percepción de la violencia estatal lentamente parece que se evaporó de las mentes humanas, en gran medida, como consecuencia de la disminución de la violencia social (Muchembled, 2010, p. 248-279). Esta percepción encerraba, sin embargo, una paradoja. El incremento de la enseñanza y de la necesidad de orden y ley para la continuación del progreso (en especial, para la burguesía triunfante) anestesiaron al individuo y apaciguaron su propensión a la fricción social. Tanto a nivel rural como urbano, se aprecia en los albores del siglo XX el aumento de la intención de resolver los conflictos sin acudir a la violencia. En este sentido, el Estado se convirtió en el mayor garante de esta percepción, impulsando la prohibición de los duelos, aumentando la seguridad en las calles e imponiendo leyes contra la criminalidad y la violencia privada. Sin embargo, estas medidas, propias de la modernidad triunfante, crearon una *tensión contenida* en la sociedad a la espera de surgir con más fuerza. De esta forma, el incremento de la literatura, la disminución del analfabetismo y la extensión de la educación, prepararon el camino para que, desde los niveles bajos de la sociedad, el mundo comenzara a sentir la influencia de la *decadencia* de los valores imperantes y se fueran rescatando lentamente los valores heroicos de la guerra.

La idea de progreso surgió como dilema central a comienzos del siglo XX. La burocracia y la tecnología se convirtieron en parte de la ley del progreso (Herman, 1998, p. 44). El hombre adquirió la noción transformadora de la sociedad, y más desde el Estado, desde el poder. El pluralismo y la libertad se constituyeron en armas integradoras (o desintegradoras) de sociedades enteras (Goldhagen, 2010, pp. 38-39), lo cual permitió que la guerra no solo fuera mucho más destructiva, sino, además, la opción política preferida.

Durante décadas, la sociedad occidental había sido bombardeada por la idea de decadencia y degeneración social, y ese pesimismo provenía tanto del liberalismo anglosajón como de los autoritarismos europeos. Desde Brooks Adams, Max Nordau y Gustav Le Bon hasta Ernst Haeckel, Oswald Spengler y Henri Bergson, toda una larga lista de

intelectuales, eruditos, académicos, pensadores, historiadores y filósofos enfocaba de una u otra manera la decadencia occidental en términos de fractura mental (Herman, 1998, pp. 226-277). Incluso posiciones ideológicas diametralmente opuestas coincidían con esta idea.

Para la marxista Escuela de Fráncfort, liderada por Adorno y Horkheimer, existía una especie de complot de la sociedad capitalista para desplazar las fuerzas vitales desde la naturaleza hacia las poderosas acciones orquestadas por el capitalismo burgués (Aschheim, 1992, pp. 185-186). Los nefastos efectos de la ideología burguesa en la clase proletaria elevaban el concepto de totalidad a la categoría de axioma (Lukács, 1971, p. 27) y esto hacía que la solución a la degeneración de la sociedad occidental se viese como un choque frontal y, por tanto, violento. Por el contrario, desde el corazón del pujante liberalismo, Toynbee basaba su crítica en la falta de valores tradicionales, políticos y, a la vez, culturales de una democracia industrial que había provocado tiempos turbulentos (Plant y Vincent, 1984, p. 35).

El mundo de 1914 a 1918 no solo estaba preparado para la guerra, sino que la deseaba como un mecanismo liberador de las potentes energías encapsuladas durante al menos dos generaciones. Los Estados europeos dogmatizaron el uso de la guerra como un juego de reequilibrio de la política colonial mundial, puesto que se aseguraba que la preservación de la paz pasaba por una ampliación del modelo imperialista. Dicho de otra forma, como la civilización occidental se creía portadora de los más altos estándares de valores sociales, se admitía como razonable la extensión del modelo mediante la guerra, guerra que ahora goza de dos elementos esenciales para hacerla a una escala antes nunca vista. Por una parte, las élites intelectuales y políticas consideraban que la decadencia del modelo occidental era una fase más del progreso industrial y que de la fuerza liberadora de la guerra reestructuraría de nuevo el rompecabezas. Por otra parte, los pueblos se sentían cada vez más inclinados a creer firmemente en la fuerza vital de sus comunidades y naciones; la prensa y los libros extendieron la idea de que la única manera de salir de la supuesta decadencia era imponer, mediante la guerra, su propio sistema, que recogía, obviamente, lo mejor de un pasado que se suponía glorioso. La guerra se convierte, por tanto, en una redefinición del conflicto que, para Carl Schmitt, es un enfrentamiento entre criminales y gendarmes del planeta (Joas, 2005, p. 59).

La generación europea, que luchó entre el fango y el barro desde 1914, entonó un “canto de cisne” contra el presupuesto regenerativo de la guerra, al menos en los niveles bajos de la sociedad. En los niveles altos (políticos) se comenzó a fraguar una idea diferente de la tragedia humana de la guerra industrial. El presidente norteamericano Wilson y el pensador Dewey introdujeron una lógica distinta. Empezaron a generalizar la idea de que la regeneración social debía producirse sobre la base de la desaparición política de los regímenes autoritarios, causantes, según ellos, de la Gran Guerra.

Dewey argumentaba que la *tragedia del alma alemana* era no haber aceptado los propósitos de la democracia, cuyo esplendor cultural y civilizador era la base articular de

cualquier idea de progreso (Dewey, 1916, pp. 305-309). Parecían olvidar que buena parte de la crítica no política a la sociedad imperante había partido de argumentaciones sobre la decadencia, la regeneración racial y la eugenesia de ámbitos anglosajones —como el caso inglés (Galton, 1904) o el norteamericano (Davenport, 1911)—. Se trataba de dar una explicación de la extrema violencia en el frente de combate desde una óptica política, aunque paradójicamente olvidaban el innegable influjo de la psicología grupal en combate, adiestrada durante décadas desde la filosofía y los medios de comunicación (Bourke 2008, pp. 101-103). Los *pérfidos* alemanes mostraron una crueldad inusual debido a que mentalmente estaban más dispuestos a actos de impiedad por la naturaleza autoritaria de sus regímenes.

Sin embargo, después de 1918 todo cambió. Si la Gran Guerra había demostrado la nueva naturaleza voraz de la guerra y su innegable influjo destructivo, el deseo de regeneración bélica fue durante esta etapa aún mayor. Las sociedades no habían captado el mensaje del verdadero papel que jugaba la guerra. Después de 1918, la sociedad de masas, ahora fuertemente tecnologizada, fue influida decisivamente por los poderes políticos e ideológicos para enfrentarse nuevamente. El simbolismo político quedó arraigado en la difícil coyuntura del periodo de entreguerras (Mosse, 2007, pp. 15-39) no solo en Alemania, Italia y la Unión Soviética, sino también en los demás Estados europeos tendientes hacia el autoritarismo (más el renaciente Japón). Las sociedades democráticas inspiraron en su población una estética grupal de defensa del valor del liberalismo, la democracia y el libre mercado. De esta manera, el nuevo enfrentamiento tendría tintes de un inmenso choque de identidades político-ideológicas, un nuevo apocalipsis definitivo.

Aunque la tendencia historiográfica se ha centrado en la Alemania nazi como el modelo de guerra total racial iniciada en 1939, es difícil sustentar que el resto de sociedades occidentales estuvieran ajenas a este concepto y no lo compartieran en mayor o menor medida. La sociobiología (socialdarwinismo), que tenía influencia tanto anglosajona como germánica, había dispuesto de décadas para preparar el camino. Es cierto que, en el universo anglosajón, la defensa de sus modelos políticos se basó en la idea de superioridad cultural y moral sobre los autoritarismos y dictaduras europeas, pero no es menos cierto que bajo el telón se hallaba oculta una idea similar.

La América WASP (White, Anglo-Saxon and Protestant) había sido idealizada desde la élite política a principios del siglo XX, jugaba un papel destacado en la educación estatal (Collins, 1971, pp. 1011-1013) y tuvo su momento de máxima expresión durante los “felices años veinte”. Por consiguiente, con la llegada de los años treinta, el mundo anglosajón se encontraba igual de preparado desde el punto de vista político, sociocultural y étnico que el resto del mundo para afrontar una nueva prueba. La idea fue articulada desde el nivel político y estatal, pero descansaba en una fuerte base social. La sociedad anglosajona no era, en este sentido, muy diferente de la europea de su momento. La decadencia de occidente era vista por la Europa autoritaria como una mezcla de valores raciales perdidos, identidad nacional mancillada e idealismo ancestral político. Por el con-

trario, el mundo democrático anglosajón enfocaba esa misma decadencia en la creencia de superioridad sociopolítica (liberalismo y democracia), aderezada con una idea impositiva de misión universal del modelo que descansaba, finalmente, en una visión grupal de enfrentamiento necesario.

El principio de autodeterminación de los pueblos (también democrático en su postulado original) generó un extraordinario rechazo y resquemor en el Viejo Continente, porque las poblaciones fueron conscientes de un pequeño detalle: quienes lo habían propugnado solo estaban dispuestos a cumplirlo jugando con los territorios de los vencidos. Esta repugnancia frente a un principio en apariencia igualitario y democrático —pero llevado únicamente a término sobre las cabezas de los derrotados y a favor de los intereses políticos del triunfante mundo anglosajón— preparó el camino para que los pueblos resentidos entendieran el mensaje de la recomposición del honor mancillado. No fue casualidad que la trilogía (convertida en *best seller*) de Günter Grass —*El tambor de hojalata*, *El gato y el ratón*, y *Años de perro*— tratara sobre Danzig (Ferguson, 2007, p. 244) y el resquemor de una Alemania dividida arbitrariamente.

El entramado militar también ayudó a preparar el camino —camino que continuaría con los mismos principios después de 1945—. Pero en el periodo de entreguerras, el escalafón militar del mundo occidental fue, posiblemente, el que mejor asumió los ideales de una contienda *definitiva*. De hecho, la preocupación de los militares, como servidores del poder público, ejerció una notable influencia en los acontecimientos, porque estos querían la fuerza en acto, no la fuerza latente (Huntington, 1995, pp. 78-79). Los poderes políticos se apoyaron en el cuerpo de oficiales y en la industria militar como formas diferentes de llegar al mismo objetivo: el triunfo de los valores estatales.

En la teoría liberal, el pacifismo es aceptable siempre y cuando se conjugue con la salvaguarda de los intereses de la idea de progreso, pero no duda en acudir a la guerra en el caso de que esta se conjugue con el objetivo global de imponer el modelo liberal, tanto político como económico. Estados Unidos hizo girar la rueda de los recursos militares en los años treinta, justo en el momento en que vio la posibilidad de que el enfrentamiento beneficiase a un mundo liberal bajo los intereses comerciales y políticos del liberalismo imperante. El fascismo y el autoritarismo, por el contrario, tratan simplemente de imponer un modelo que creen *naturalmente* superior y que está enfocado en la guerra como un fin en sí mismo (Huntington, 1995, pp. 101-102). Finalmente, el marxismo defiende la idea de un ejército del pueblo, ideologizado, que sirve únicamente a los intereses de *clase* como un instrumento para alcanzar el fin de la historia, que no es otro que la sociedad comunista: es la negación de la clásica unión Estado-Ejército.

La segunda revolución militar sustentó, desde 1914, los deseos de obtener victorias totales en las guerras y, por consiguiente, victorias capaces de impulsar un nuevo equilibrio internacional llamado a perdurar mucho tiempo en manos de los tecnológicamente más avanzados. Al fin y al cabo, no debemos olvidar que la relación entre tecnología

militar, nivel de movilización social y éxito final fue (y sigue siendo) altamente elevada en el siglo XX. Los impulsos revitalizadores de la maquinaria tecnológico-militar, fruto (a veces causa) de la industrialización creciente, pusieron en manos de los que apoyaban visiones imperialistas el uso indiscriminado de todo el poder militar (Headrick, 2010, pp. 241-249). Pero la revolución tecnológica y el incremento del interés del Estado por ampliar sus posibilidades de cara al exterior de su política trajeron como consecuencia una revitalización de la administración y un reordenamiento de las formas de control, gestión y distribución de los complejos industriales y militares.

Hubiera sido imposible incrementar la fuerza destructiva del Estado entre 1914 y 1939 sin nuevas formas de organización más eficientes. El nacimiento de instrumentos específicos para la gestión de la guerra, la lenta pero inexorable inserción de la mujer en el mercado laboral, el control estatal de los sindicatos, la ampliación de las subcontratas militares y la profesionalización burocrática de la logística cívico-militar provocaron una metamorfosis administrativa que no se detuvo después de 1918 (McNeill, 1989, pp. 353-367). Por el contrario, estos hechos ayudaron a encarar la siguiente guerra sobre bases realmente eficaces, en las cuales la maximización de los recursos era casi tan importante como la creencia misma en el objetivo final.

El resultado de ese enfrentamiento (la Segunda Guerra Mundial, 1939-1945) dejó más de 60 millones de muertos. La vorágine de destrucción masiva industrial alcanzó la escala planetaria, y no cabe explicarla como un simple accidente de la historia. La inestabilidad económica crónica, los procesos de asimilación nunca cerrados en las sociedades europeas, las fricciones fronterizas y la idea de superioridad racial (Ferguson, 2007, p. 72) son tan solo algunos de sus elementos. El poder transformador del Estado moderno permitió que el concepto de regeneración a través de la guerra alcanzara su máxima expresión en esta etapa. Aunque la alegría por el inicio de la guerra desapareció en 1939, el nivel de cohesión grupal era tan importante que acabó imponiéndose la visión política sobre la percepción positiva de la guerra.

Los pueblos no se enfrentaron dramáticamente en una guerra total con la esperanza de que esta fuese un divertido juego de honor, como en 1914, sino que lo hicieron creyendo que representaban el definitivo intento de regenerar la sociedad sobre la base de una creencia política largamente martilleada sobre sus mentes durante décadas. La aparente actitud inmisericorde de quienes perpetraban el genocidio entre 1939 y 1945 nos lleva a la creencia de que, más que las posibilidades industriales de asesinar en masa, lo que había detrás era una desvalorización de la vida humana. Ni los alemanes en Auschwitz, ni la policía política soviética, ni los responsables anglosajones de los bombardeos indiscriminados sobre las poblaciones civiles de Europa se preguntaban por qué; simplemente se trataba de poner en la praxis un modelo de violencia instrumental que, desde el poder político, había convertido la violencia en un elemento más de regeneración total.

La guerra como instrumento de cambio

Aunque después de 1945 las guerras interestatales han disminuido, no ha ocurrido lo mismo con los conceptos de guerra, conflicto y violencia. La tragedia humana, económica y material de la Segunda Guerra Mundial, en efecto, regeneró el mundo; pero, lejos de hacerlo sobre unas premisas intangibles (superioridad cultural, racional y nacional), lo hizo sobre una base ideológico-política. El mundo bipolar que surgió inmediatamente después de 1945 no enfrentó a Estados Unidos y a la Unión Soviética, sino a dos percepciones mentales que pugnaban por una visión teleológica de la historia. El paso de un mundo multipolar a uno bipolar no ha dejado atrás la importancia del Estado como constructor de la idea de guerra y cohesión social, sino que, por el contrario, posiblemente la ha incrementado.

La existencia, entre 1945 y 1989, de dos poderosos líderes mundiales que dominaban extensas áreas del planeta derivó en una disminución de las grandes confrontaciones. Ni siquiera en las dos guerras más importantes después de 1945 (Corea y Vietnam), las grandes potencias fueron capaces de enfrentarse directamente, pese a que, en teoría, estas eran constituían campos propicios de debate ideológico y estructural. La causa principal descansa, sin duda, en el miedo a *perderlo todo*. Una guerra nuclear —incluso la lejana posibilidad de una contienda convencional en la que ni los Estados Unidos ni la Unión Soviética se hubiesen atrevido a utilizar su arsenal de armas de destrucción masiva (el campo de batalla ideal hubiese sido Europa Central)— habría dejado a alguno de los dos sin el liderazgo ideológico-militar en sus áreas de influencia. Por consiguiente, la estrategia pasó a ser el traslado de la fricción hacia escenarios terciarios en donde las consecuencias políticas de una posible derrota fueran menos tangibles y, por tanto, aceptables para el consumo interno de sus sociedades.

El resultado, paradójicamente, ha sido la revitalización del concepto de Estado, incluso entre las potencias menores. Estas potencias, en Occidente, han ido canalizando sus fuerzas en un reequilibrio interno para contrarrestar el liderazgo militar de Estados Unidos. La creación de la Comunidad Económica Europea y de la Unión Europea fueron las respuestas al declive no de Occidente, sino de la Vieja Europa, frente al indiscutible liderazgo de Estados Unidos después de 1945. Hasta esa fecha, la toma de decisiones a escala planetaria venía determinada por los Estados europeos, los cuales ostentaban la superioridad tecnológica y cultural frente al mundo exterior. Pero el *vencedor de la paz*, en 1945, no fue el grupo de los aliados, sino los Estados Unidos en la esfera de Occidente. Este último lideró la nueva razón de Estado sobre la base de haber sido *el arsenal de la democracia* y el verdadero abanderado del liberalismo democrático. Francia, entonces, se vio sumida en el caos político y se opuso cuanto pudo al proceso de descolonización. Gran Bretaña no solo perdió su Imperio, sino también la base estructural de su predominio militar: el control de los mares. Italia y Alemania tuvieron que expiar sus culpas durante más de dos décadas. Mientras que más allá del Telón de Acero asomaba el enemigo comunista.

La paz de 1919 a 1939 había creado un *problema*, que se había resuelto con la guerra mediante la supremacía política de Estados Unidos (Simmel, 1955, p. 98).

La idealización del Estado como garante de la cohesión social gracias a su control de la maquinaria militar permitió a las dos grandes potencias sobrevivir durante cuatro décadas a la permanente tensión interna económica. De hecho, la naturaleza de la guerra de 1939 a 1945 determinó que los complejos industriales militares y la permanente tensión de *guerra no declarada* incluyeran a multitud de actores externos en los negocios de la guerra. En este sentido, la extensión de la privatización de los negocios militares tiene en Estados Unidos su patrón más conocido. Iniciados en la década de los sesenta, los contratos privados y el cada vez mayor uso de ejércitos privados (en especial, tras la caída de la Unión Soviética) convirtieron la percepción de la guerra, en la escala social, en una necesidad de Estado. Y aunque Singer (2003, p. 18) argumenta que esta opción debe ser entendida como una cesión de la soberanía estatal, creemos que, al estar determinada por y para la función política del Estado, no solo no deriva en una cesión, sino más bien en un fortalecimiento de la propia función pública, ya que es esta la que determina el tipo, el nivel y la estructura de la privatización del ejercicio de la guerra.

Para enmascarar la naturaleza del conflicto después de 1945, la sociología de la guerra ha creado una nueva nomenclatura que tiene como fin evidenciar que la guerra no ha desaparecido del panorama internacional, sino que ha cambiado de cara. Así, ahora se evalúan los conflictos en función del número de muertos en un año determinado: entre 25 y 999 muertos se le considera un “conflicto menor”, y con más de 1.000 muertos se le considera “guerra” (García, 2008, p. 96). Según esta nueva y aparentemente científica forma de cuantificar la violencia instrumental, entre 1946 y 2000 han estallado nada menos que 1.166 conflictos menores y 516 guerras (UCDP y PRIO, 2010). La frecuencia y número de estos conflictos están inmersos, en gran medida, en la naturaleza confrontativa de la Guerra Fría, en la que la traslación de la lucha ideológica se injertó en los países en vías de desarrollo o se disimuló en la forma de conflictos de naturaleza sociopolítica, pero que realmente encerraba el caos emergente tras la disolución del *orden* mundial dominado por Occidente hasta 1945. Ni siquiera la desaparición de la Unión Soviética como contrapeso de la hegemonía ideológica de Estados Unidos ha hecho declinar ostensiblemente la guerra. La explicación de esto estaría en que el mundo unipolar actual no puede, paradójicamente, regenerar un equilibrio de fuerzas en el que, tras cuarenta años de aumento del poder del Estado, este goza ahora de un ejercicio más libre para imponer orden en un mundo de caos. Dicho de otra forma, el realismo político, que se nutre del caos internacional, ha revitalizado su posición teórica al socaire de los datos que hablan por sí mismos.

¿Por qué este caos? En primer lugar, por la inexistencia de poderes que equilibren, al día de hoy, la primacía indiscutible de Estados Unidos en el terreno militar. Lejos ya de defender la exportación de su modelo liberal democrático, el gigante norteamericano se considera libre de inmiscuirse en los asuntos internos de diferentes Estados, a menos que, obviamente, estos afecten directamente sus intereses globales. De esta forma, Estados

Unidos se ha liberado de una pesada carga de liderazgo, pero ha trasladado a diferentes zonas las disputas mediante la (ahora) frágil idea de no interferir en los asuntos internos. A cambio, los norteamericanos pueden ampliar su brecha tecnológica con las otras potencias del mundo (aunque ninguna aún a escala global) trasladando parte de su carga fiscal y presupuestaria sobre el entramado privado de su industria militar.

Por otra parte, la inexistencia de un organismo supranacional que vigile y medie con eficacia y objetividad en los conflictos mundiales tiende a perpetuar la escalada e intensidad de los conflictos. La ONU no puede jugar ese papel, toda vez que su estructura interna y, en especial, aquella que puede verdaderamente actuar a escala internacional (Consejo de Seguridad) sigue liderada por Estados Unidos.

El resultado de este nuevo ciclo bélico de las últimas décadas ha sido la disminución de la violencia interestatal, con solo 112 conflictos o guerras entre 1946 y 2000 (García, 2008, p. 101), a costa de una auténtica explosión de los conflictos internos puros y las guerras asimétricas. Los Estados, con clara *conciencia* de los riesgos de un enfrentamiento directo, asumen ahora un papel vigilante del hecho bélico, porque consideran que la tensión interna promovida por la permanente vigilancia militar de sus intereses es mucho más eficaz (y menos costosa) que jugarse la carta de la guerra. Además, la mayoría de los Estados industrializados han cerrado su ciclo de demandas fronterizas y han enterrado el lenguaje bélico popular-nacional que tanto éxito tuvo entre 1900 y 1945. Paralelamente, la violencia oficial ha desaparecido de la pugnacidad entre Estados democráticos, lo que sugiere una aparente relación entre paz y democracia. ¿Es así realmente?

Los trabajos de Rummel demostraron que los regímenes democráticos están menos abocados al conflicto *entre sí* (Rummel, 1995). Esto sugiere una relación entre liberalismo y pacifismo, pero también encierra un enfoque diferente. Los líderes democráticos sienten la obligación moral (y legal) de rendir cuentas ante sus votantes: la sociedad es, al fin y al cabo, su mayor garante. Por consiguiente, están más abocados a seleccionar los conflictos en los cuales inmiscuirse (Anderson & Souva, 2010), porque la percepción de la guerra está ahora muy alejada de la aceptabilidad favorable en regímenes que encierran una fuerte cohesión interna basada en la paz y la estabilidad. Además, la interconexión de los datos y la información en las sociedades capitalistas reflejan el impacto directo sobre la opinión pública, por lo tanto, extienden sus efectos mucho más rápido y a más gente que hace pocas décadas. Sin embargo, que las democracias no se enfrenten entre sí no es lo mismo que no influyan decisivamente (por acción u omisión) en la extensión de los conflictos o en su perdurabilidad. Pensemos que los grandes exportadores de armas siguen siendo áreas perfectamente asimilables al concepto de democracia: Estados Unidos y Europa Occidental. Por consiguiente, si aceptamos la premisa bastante obvia de que los conflictos no se pueden iniciar o mantener sin armas y que estas están en el mercado permanente gracias a los esfuerzos de los complejos gubernamentales (y privados) de las sociedades democráticas, no es necesario indicar que lo que se esconde detrás es realmente el interés de estas democracias por mantener lejos el conflicto de sus sociedades (críticas en general con la violencia), pero sostener una violencia de baja intensidad a nivel global.

Conclusión

La guerra ha sido una realidad muy tangible en el siglo XX y también ahora. El trauma de las dos guerras mundiales solo evidenció la profunda necesidad política de regeneración y reorganización de los poderes sobre la base de una idea de decadencia o del rescate de un modelo superior e imperante. Sin embargo, el drama del conflicto puso sobre la mesa que las sociedades están abocadas al conflicto en función de coyunturas muy fácilmente manipulables. La sociedad de masas, los medios de comunicación, los cambios burocráticos, el fortalecimiento de la idea de Estado o el nacionalismo larvado han sido y son objetivos preferentes del poder político para establecer permanentes reordenamientos geoestratégicos.

Aunque el número de muertos en los conflictos después de la Segunda Guerra Mundial ha sido bastante menor que el de la primera parte de la centuria, la continua agresión de la humanidad por motivos étnico-culturales o por disputas ideológico-políticas (Goldhagen, 2011) ha demostrado que la naturaleza del conflicto sigue tan invariable como siempre, pese a la decisión política (que es clave). Nos conformamos con saber que la tecnología militar es capaz de disminuir los daños colaterales o con que la tendencia de los gobiernos democráticos es la de eliminar de sus objetivos a la población civil, para vender en su sociedad la idea de que el daño causado al enemigo está íntimamente relacionado con fines políticos y no con la consecución de una carnicería.

Por otra parte, Morris ha demostrado muy recientemente que las guerras del siglo XX han tendido de forma natural a generar estabilidad en los Estados, crecimiento económico y, al mismo tiempo, una mirada no negativa del poder militar de las sociedades contemporáneas (Morris, 2017, pp. 441-454). Esto es así, porque tales sociedades entienden que el miedo a un enfrentamiento aniquilador de la especie humana fuerza a los Estados al diálogo político y a otras formas de fricción, de manera que observan con benevolencia una carrera armamentística que anula el riesgo de conflicto generalizado. La guerra no solo ha cambiado la percepción de los pueblos, sino que también ha modificado el perímetro de las opciones políticas en cuanto al riesgo del conflicto.

Agradecimientos

El autor agradece a la Universidad de Antioquia por su apoyo en la realización de este artículo.

Declaración de divulgación

El autor no declara ningún potencial conflicto de interés relacionado con el artículo.

Financiamiento

El autor no declara fuente de financiamiento para la realización del artículo.

Sobre el autor

José Manuel Serrano Álvarez. Profesor Titular, Dpto. de Historia, Universidad de Antioquia (Colombia). Licenciado en Historia, especialista titulado en Historia Moderna y Contemporánea, Universidad de Sevilla, España. Doctor en Historia de América por la misma Universidad. Director del grupo de investigación, Estudios Interdisciplinarios en Historia General. Actualmente dirige el proyecto de investigación: El costo de la defensa imperial en el ámbito circuncaribe, 1700-1810: moneda, comercio y redes sociales. Sus principales obras son: Fortificaciones y tropas. El gasto militar en Tierra Firme, 1700-1788, Sevilla, CSIC, 2004; Ejército y Fiscalidad en Cartagena de Indias. Auge y declive en la segunda mitad del siglo XVII. Bogotá, El Áncora Editores, 2006, y El astillero de La Habana y la construcción naval militar, 1700-1750, Madrid, Instituto de Historia y Cultura Naval, 2008, además de una treintena de artículos y capítulos de libro. Ganador de los premios internacionales, Nuestra América (España, 2002), Mrs. Percy (Ruth) Jones Award (EE.UU., 2007, junto a Allan J. Kuethe), y Armada (España, 2017).

Referencias

- Anderson, S., & Souva, M. (2010). The accountability effects of political institutions and capitalism on interstate conflict. *Journal of Conflict Resolution*, 54(4), 543-565.
- Aschheim, S. (1992). *The Nietzsche legacy in Germany 1890-1990*. Berkeley: University of California Press.
- Aznar, F. (2014). Filosofía de la guerra. *ARBOR Ciencia, Pensamiento y Cultura*, 190(765), a096. doi: <http://dx.doi.org/10.3989/arbor.2014.765n1003>.
- Barbe, E. (1987). El papel del realismo en las relaciones internacionales (La teoría de la política internacional de Hans J. Morgenthau). *Revista de Estudios Políticos (Nueva Época)*, 57, 149-176.
- Blainey, G. (1988). *The causes of war*. London: Macmillan.
- Bourke, J. (2008). *Sed de sangre. Historia íntima del combate cuerpo a cuerpo en las guerras del siglo XX*. Barcelona: Crítica.
- Carr, E. H. (1942). *Conditions of peace*. London: Macmillan.
- Clausewitz, C. (1831/1975). *De la guerra*. Madrid: Ediciones Ejército.
- Clodfelter, M. (2002). *Warfare and armed conflicts: a statistical reference to causality and other figures, 1500-2000*. Jefferson: McFarland.
- Collins, R. (1917). Functional and conflict theories of educational stratification. *American Sociological Review*, 36(6), 1002-1019.
- Cotta, S. (1987). *Las raíces de la violencia. Una interpretación filosófica*. Pamplona: Euna.
- Davenport, C. B. (1911). *Heredity in relation to eugenics*. New York: Henry Holt and Company.
- Dewey, J. (1916). The tragedy of the German soul. *Middle Works*, vol. 10, III. Illinois: Southern Illinois University Press.
- Doyle, M. W. (1997). *Ways of war and peace: Realism, liberalism, and socialism*. New York: W.W. Norton.
- Dupuy, T. (1990). *La comprensión de la guerra*. Madrid: Publicaciones EME.

- Ferguson, N. (2007). *La guerra del mundo. Los conflictos del siglo XX y el declive de Occidente (1904-1953)*. Barcelona: Debate.
- Fojón, J. E. (2006). Vigencia y limitaciones de la guerra de cuarta generación. *ARI*, 23, 1-6.
- Foner, E. (2010). *La historia de la libertad en EE.UU.* Barcelona: Península.
- Franco, F. J. (2000). Gaston Bouthoul. La guerra como función social. *Cuadernos de estrategia*, 111, 57-91.
- Fukuyama, F. (1992). *The end of history and the last man*. New York: Free Press.
- Galton, F. (1904). Eugenics: Its definition, scope, and aims. *The American Journal of Sociology*, 10(1), 1-6.
- García, J. (2008). El fenómeno de la guerra en el siglo XX. Una aproximación a la dinámica, geografía, modos operativos y naturaleza de los conflictos armados, *Norba. Revista de Historia*, 21, 89-115.
- Goldhagen, D. (2010). *Peor que la guerra. Genocidio, eliminacionismo y la continua agresión contra la humanidad*. Madrid: Taurus.
- Habermas, J. (1981). *Historia y crítica de la opinión pública*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Harrison, M. (2009). *The Frequency of Wars*. Birmingham: Warwick University.
- Harrison, M. & Wolf, N. (2012). The frequency of wars. *The Economic History Review*, 65(3), 1055-1076.
- Headrick, D. R. (2010). *El poder y el Imperio. La tecnología y el imperialismo de 1400 a la actualidad*. Barcelona: Crítica.
- Herman, A. (1998). *La idea de decadencia en la historia occidental*. Barcelona: Andrés Bello.
- Howard, M. (1984). *The causes of war*. Cambridge: Harvard University Press.
- Huntington, S. P. (1995). *El soldado y el Estado. Teoría y política de las relaciones cívico-militares*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- Joas, H. (2005). *Guerra y modernidad. Estudios sobre la historia de la violencia en el siglo XX*. Barcelona: Paidós.
- Leitenberg, M. (2006). *Deaths in wars and conflicts in the 20th century*. Ithaca: Cornell University.
- Lukács, G. (1971). *History and class consciousness*. Cambridge: MIT Press.
- Malinowski, B., & Ritcher O. (1941). Un análisis antropológico de la guerra. *Revista Mexicana de Sociología*, 3(3), 119-149.
- Martin, P., Mayer, T., & Thoenig, M. (2008). Make trade not war? *Review of Economic Studies*, 75(3), 865-900.
- McNeill, W. H. (1998). *Tecnología, fuerzas armadas y sociedad desde el 1000 d. C.* Buenos Aires: Siglo XXI.
- Morgenthau, H. J. (1990). *Escritos sobre política internacional*. Madrid: Tecnos.
- Moskos, C., Williams, J., & Segal, D. (2000). *The postmodern military*. New York: Oxford University Press.
- Mosse, G. L. (2007). *La nacionalización de las masas*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Muchembled, R. (2010). *Una historia de la violencia. Del final de la Edad Media a la actualidad*. Barcelona: Paidós.
- Parker, G. (1990). *La revolución militar*. Barcelona, Crítica.
- Plant, R., y Vincent, A. (1984). *Philosophy, politics and citizenship: The life and thought of the British idealists*. Oxford: Basil Blackwell.
- Rummel, R. J. (1995). Democracies ARE less warlike than other regimes. *European Journal of International Relations*, 1(4): 457-479.

- Simmel, G. (1955). *Conflict and the web group affiliation*. New York: The Free Press.
- Singer, P. W. (2003). *Corporative warriors: The rise of the privatized military industry*. Ithaca: Cornell University Press.
- Sombart, W. (1943). *Guerra y capitalismo*. Madrid: Imprenta Galo Sáez.
- Statistics on violent conflict. (2012). *P.a.p.-Blog, Human Rights Etc*. Recuperado de <http://filipspagnoli.wordpress.com/stats-on-human-rights/statistics-on-war-conflict/statistics-on-violent-conflict/>.
- Stevenson, D. (2013). *1914-1918. Historia de la Primera Guerra Mundial*. Barcelona: Debate.
- Toffler, A. (1993). *War and anti-war: Survival at the dawn of the 21st century*. Boston: Little Brown.
- Toynbee, A. (1976). *Guerra y civilización*. Madrid: Alianza Editorial.
- UCDP (Upsala Conflict Data Project) and PRIO (International Peace Research Institute of Oslo). (2010). *Intensidad de los conflictos*. <https://www.prio.org/Global/upload/CSCW/Data/UCDP/2009/Graph%20-%20Conflicts%20by%20Intensity.pdf>.
- Vernik, E. (2011). Simmel y Weber ante la nación y la guerra: una conversación con Grégor Fitz. *Sociología*, 26(74), 1-9.
- Walt, S. M. (1998). International relations: One world, many theories. *Foreign Policy*, 110, 29-46.
- Waltz, K. (1959). *Man, the State, and war*. New York: Columbia University Press.